



PRÓLOGO

Ana Fernández Vega

Directora del Departamento de Prehistoria y Arqueología de la UNED

Llegó a la UNED un día de 1981, al entonces Departamento de Prehistoria e Historia Antigua, y se quedó quince años: once como catedrático y cuatro más como profesor emérito. En aquel momento yo estaba lejos de imaginar la importancia que este acontecimiento tendría en mi vida, y no solo profesionalmente hablando. Fue también en paralelo, director del Museo Arqueológico Nacional durante cinco años, y yo comenzaba como profesora ayudante mi carrera profesional.

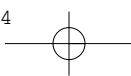
Integrados en un amplio Departamento —la «moda» del momento para los que éramos poco numerosos— la llegada del profesor Ripoll, don Eduardo, fue una bocanada de aire fresco, un elemento dinamizador para el área de Prehistoria, especialmente en todo lo que se refiere a la investigación y la difusión de la misma: las publicaciones.

No nos conocíamos de nada, yo nunca fui alumna suya, y sin embargo, desde el día de su llegada me hizo saber que apoyaría mi carrera académica en el Departamento y fuera del él. Y desde luego lo hizo, sin escatimar esfuerzo alguno.

Pronto descubrí su forma de hacerlo: incentivar, proponer oportunidades y leer detalladamente todos los trabajos que le pidieras que supervisara. Nuestros caminos investigadores eran diferentes, pero eso no impedía que él analizara con interés mis escritos. Corregía el contenido y la forma, ese aspecto en el que me enseñó tanto. Cuando tú ya creías que no había una sola errata, él siempre encontraba algo que mejorar. Era exquisito con el lenguaje, y las citas bibliográficas, los pies de página, la letra, los espacios, la documentación gráfica. Nada escapaba a su escrutinio para que el trabajo fuera perfecto.

En cambio con los contenidos era profundamente respetuoso; sugería, opinaba, pero nunca trataba de que su criterio prevaleciera. Consideraba que debía primar el tuyo. No estaba en su carácter imponer nada; era un hombre educado, que sabía escuchar porque le interesaba tu opinión, que nunca se aprovechaba de su cargo ni de su categoría, que siempre estaba dispuesto a emprender algo y a que tú formases parte de ello.

Durante sus años en la Facultad de Geografía e Historia impulsó con otros catedráticos, la creación de la revista *Espacio, Tiempo y Forma*, —que con sus siete series— sigue publicándose y tiene una difusión importante y un buen número de intercambios, por lo que a la serie de Prehistoria y Arqueología se refiere.



De su mano nacieron los congresos sobre el Estrecho (Ceuta, 1987 y 1990) y el de Historia de los Pirineos (Cervera, 1988): dos fronteras. Como nadie supo aunar a toda la Facultad en una iniciativa común pocas veces repetida y lamentablemente interrumpida. Nos contagiaba con su entusiasmo y eficacia.

Yo no quiero hacer aquí una exposición detallada de los méritos profesionales y académicos del Profesor Ripoll, por otra parte bien conocidos y reflejados en su extensísimo currículum. He mencionado algunos de ellos por la repercusión que tuvieron en el Departamento y en la Facultad a los que perteneció, y que reflejan en parte su personalidad. Lo que yo pretendo, es dejar testimonio de otros méritos que no figuran en su currículum y, especialmente, de la persona que fue y de la impronta que dejó en muchos de nosotros.

Para mí su recuerdo es imborrable y siempre estará en mi corazón. Incluso después de su jubilación y sus años de profesor emérito, ya de vuelta a Barcelona, nunca interrumpimos el contacto, porque fue además de un maestro, un amigo. Me ofreció, nos ofreció a muchos, no solamente su magisterio y su apoyo en lo profesional, sino también su amistad, su casa y su familia, especialmente Luisa, su esposa, una mujer que responde claramente a aquello de que detrás de un gran hombre siempre hay una gran mujer. Incansable, dinámica, dispuesta siempre a colaborar, a allanar dificultades y limar asperezas. Sonriente, esa era será siempre la imagen que conservaré de Luisa, en mi mente pero sobre todo en mi corazón. Ella fue, en momentos muy difíciles de mi vida, una segunda madre para mí que ya no la tenía. Supongo que no debería incluir aspectos tan personales en este texto, pero me perdonarán la infracción: me resulta imposible separar a las personas y su condición humana del aspecto profesional. Al profesor Ripoll, don Eduardo, lo recordaré siempre, sentado enfrente de mí, con su puro y la ventana abierta —para no molestar— en su despacho o en el mío, con la cabeza llena de ideas en las que ponía también siempre el corazón. Amaba lo que hacía, y además de transmitir conocimientos, también transmitía ese amor.

El reafirmó mi deseo de siempre de sumar y no restar, de tratar de armonizar las diferencias, de mantener la compostura y la buena educación, de respetar a los que opinan diferente, y nunca prejuizar. El era —en resumen— y en los tiempos que corren, un caballero. Y un ser humano al que llegó a unirme un sincero cariño, tras el respeto y el afecto del principio.

Viajamos juntos en varias ocasiones, pero se nos quedó en el tintero un último viaje del que tanto hablamos: un crucero por el Egeo. No pudo ser. El tiempo corrió demasiado de prisa. Algún día lo haré y en mi recorrido su recuerdo será mi acompañante. No le diré adiós. Siempre quedan en tus vidas aquellos que te han querido y a los que has querido.

